

al dinero. De igual modo ámanse las ciencias, los oficios, las prelacías, porque son medios para la honra.

De este discurso, con harto poco trabajo podíamos colegir que todos los pecados tienen su fundamento en el amor propio, y nacen de él. Nace la soberbia, que es amor de la propia excelencia y honra. Nace la lujuria y gula, que son amor del cuerpo y del deleite carnal. Nace la avaricia, que es amor desordenado de las cosas exteriores, principalmente del dinero. Y porque quien ama la propia honra y el deleite aborrece todo aquello que puede ser impedimento ó puede destruir la honra y el deleite, de aquí nace la ira, que es amor de venganza contra aquellos que pretenden impedir la honra propia ó el deleite corporal. También nace la envidia, la cual incluye odio del bien ajeno en cuanto puede disminuir el propio, y amor del ajeno daño en cuanto puede impedir el bien particular. Nace, finalmente, del amor del propio deleite del cuerpo el deseo de quietud y ocio corporal, que nos hace huir los trabajos y ejercicios virtuosos, al cual vicio llamamos accidia ó pereza. Ves aquí, cristiano lector, brevemente concluído que el amor propio, no sólo se extiende á los apetitos del alma, sino también á los del cuerpo; por lo cual conviene que la voluntad se niegue y la carne se macere y dome con la dura penitencia y ejercicios de mortificación y cruz, que son cuchillo del amor propio.



CAPÍTULO XXII

DE CÓMO EL AMOR PROPIO TIENE POR OFICIO
DIVIDIR Y DESHERMANAR LOS HOMBRES, Y EL
DE DIOS UNIRLOS Y HACERLOS UNA COSA.

MUCHAS veces habemos dicho que el amor muda la voluntad en la cosa principalmente amada; añadimos ahora que, si ésta es *una sola, común á todos los hombres, y en todos primera y principalmente amada, aquellos amores todos serán conformes y semejantes*, y necesariamente entre todos los amantes habrá concordia y perfecta unión. Esto es negocio llano, y tan puesto en razón, que no tiene necesidad de más prueba. Si todos los hombres pusiésemos nuestro amor en Dios, que es Uno, y simplicísimo y común para todos, ¿qué lugar hallaría la discordia y división entre nosotros? Todo sería paz, amistad y concordia, porque ninguno amaría su voluntad, sino la de Dios, cuyo amor nos une y hermana, para que cada uno quiera lo que el otro y todos lo que Dios. Mas ¡ay! que este amor de Dios tiene principado en muy pocos hombres; de lo cual es argumento harto fuerte

ver la poca ó ninguna amistad que hay entre nosotros. Cada cual se ama á sí mismo y su propia voluntad; y como en todos es diversa, ó, por decirlo cierto, son tantas las cosas que principalmente amamos cuantos nosotros somos (porque cada cual está metido en sí mismo y ama su voluntad y la sigue, y por consiguién- te su honor, su excelencia, su gusto y corporal deleite), no es posible amar la honra, excelencia y deleite de mi prójimo, sino en cuanto ayuda y sirve á mi particular intento y fin. De aquí nacen las guerras, las disensiones, las penden- cias, odios y enemistades; porque yo aborrezco vuestra honra si disminuye la mía, y vos la mía si impide la vuestra, y cada uno procura ante- ponerse al otro; porque nadie puede tener sufi- ciencia ni hartura en las cosas de esta vida, ni de honra, ni de deleites; y así, forzosamente han de andar todos hambreado y mendigando la ayuda y favor de todas las criaturas, las cua- les todas no bastan para saciar y llenar los va- cíos de nuestras almas, según que lo confesó uno que tenía mucha parte de ellas. *Entonces, dice, me hartaré, cuando me mostrares tu gloria* (1). Otra letra dice: *Tunc satiabor, cum vigilavero ad similitudinem tuam*. Entonces, Cristo mío (que parece que le miraba el Profeta resplandeciente en el Tabor), estaré yo satisfecho y contento, cuando resucitare glorioso como Vos estáis.

(1) Tunc satiabor cum apparuerit gloria tua.—Ps. 16.

Dos apetitos tiene mi alma, y ambos ardientes y vehementes: el uno de ir á Dios, y el otro de juntarse con su cuerpo con un indisoluble nudo. El primero se cumplirá en la muerte, cuando el ánima caminare á ver y gozar el sumo y sempiterno bien que espera; el otro en la general re- surrección, cuando se reuna y junte con su cuer- po, que hasta entonces todo ha de ser hambrear, y más si nuestro primero y principal amor no es Dios, que sólo harta y causa hambre. Pero dichosos y bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia (1), á los cuales dice también el mismo por San Juan (2): *El que es justo, pretenda justificarse más*. Como si dijera: nunca seréis tan justo que no podáis ser más, ni dejaréis de crecer en justicia si de ella tuvie- reis sed y hambre. Volviendo, empero, á nuestro propósito, concluimos que el amor de Dios causa unidad, concordia y paz entre los que princi- palmente le aman, y el particular guerra, divi- sión y odio. De lo cual es la razón por qué amán- dome á mí yo mismo, no en *cuanto hombre*, sino en *cuanto tal hombre*, conviene á saber: Juan ó Pedro, me aparto y divido de los demás hom- bres y me mudo y transformo en mí mismo. De manera que no convengo con ninguna otra cria- tura, sino conmigo solo, porque no me amo de- bajo de razón de hombre que pertenece á la co-

(1) Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam.—Math., 5.

(2) Qui justus est justificetur adhuc.—Apoc., 22.

munidad, sino de tal hombre, que me hace singular. Y porque el amor no se extiende más que la cosa principalmente amada, en mí se ocupa sólo, sin dar parte á ninguna criatura sino en cuanto se ordena á mi particular bien. Otra cosa es amar á Dios, que por ser común y universal para todas sus criaturas, porque emanan todas de Él y Él las conserva y sustenta cuando Él es la cosa principalmente amada, el amor es común y universal, raíz y fundamento de todos los bienes. De suerte que la comunidad y universalidad hacen bueno el amor, y la singularidad malo, y tanto más bueno ó malo, cuanto la cosa principalmente amada fuere más singular ó común. A lo menos, si quisiéramos dilatar este tratado, lugar había aquí y campo bien ancho para ello, porque se nos ofrecía ocasión para descubrir las obligaciones que el hombre tiene á Dios, y lo que le debe como á Dios y Señor suyo. Lo cual entenderán los sabios si algún tiempo se amaron con amor principal, porque quitándose de aquel puesto á sí mismos y poniendo á Dios en él, por lo que para sí querían, deseaban y procuraban, echarán de ver lo que han de querer, desear y procurar para el verdadero Dios.

Y con esto (que, aunque poco, tiene gran secreto y una admirable teología del Cielo) me despido por ahora, para que podamos ver el fruto final que nace de estos dos primeros y principales amores de Dios y propio, que es lo que se

suele desear y procurar en todas las cosas de este mundo. Para cuya inteligencia se note que, de todas las obras que el hombre hace, después de hechas no le queda otra cosa que gozo ó tristeza, porque éstos son los dos finales y últimos frutos que nacen y se crían en el corazón de toda la masa de nuestras operaciones, en las cuales todas se tiene por blanco el gozo y contentamiento. Así definió el Italiano el amor: *Amor é un moto que corre por desiderio, et riposa per delectatione*. En teniendo el hombre el gozo tras que anda, reposa y está contento y no pretende otra cosa, porque ésa le harta. Al gozo se opone la tristeza, de la cual todos andan huyendo como de enemiga y contraria al deseo común de todos los hombres. El verdadero gozo nace del amor divino como de raíz divina. La verdadera tristeza nace del amor propio, como de raíz mala é infernal y diabólica.

Que nazca el verdadero gozo del amor de Dios, vese claro por esta razón filosófica. Donde no hay amor no puede haber gozo, porque el gozo nace del amor, y entonces se engendra en nosotros; cuando la voluntad tiene aquello que quiere y ama, porque ni ama ni quiere nada, no es posible tener gozo. Por lo cual, siendo Dios la cosa principalmente amada de la voluntad, necesariamente del tal amor se engendra gozo, porque Dios ni puede morir, ni faltar, ni hacer ausencia, porque está presentísimo á la voluntad, que le ama, como dice San

Juan (1): *Dios es caridad y está y persevera en el que está y persevera en ella.* Y como la voluntad tiene aquello que principalmente ama y quiere, siendo el amor tal cual es la cosa principalmente amada, conclúyese que el que ama principalmente á Dios, por ser Él inmortal, firme y estable, y que siempre vive inmovible y que de nadie tiene necesidad, el amor será inmortal, perseverante y firme sin mudanza, y en todas las cosas abundante. La razón de esto es porque el amor, como en otro lugar dijimos, se viste de las condiciones de la cosa amada. Y así, de la suerte que sentimos de Dios, sentimos de la voluntad, que principalmente le ama, y por virtud de tal amor está toda convertida en Él; y porque del amor nace el gozo (como queda probado), síguese que el que nace del divino será eterno, invariable, firme, sólido, inmortal y perseverante en la voluntad, que siempre es libre, y nadie se lo puede por fuerza quitar. Y por que en una palabra lo digamos todo, el gozo tendrá las condiciones y propiedades del amor y cosa principalmente amada. Mas ¡qué alegría, qué gozo, qué consolaciones, qué júbilos, serán los de una alma transformada en Dios por amor, que siempre le posee y goza con este seguro de que no le puede faltar! No hay entendimiento que esto alcance, ni lengua que lo acierte á declarar. «Puédese adquirir, dijo el gran Padre Agustino,

(1) Joan., 4.

pero no apreciarse ni explicarse». Dijo muy bien el que llamó, al gozo que procede del amor de Dios, *vida del alma y corazón del hombre.* La tristeza, ó es muerte, ó mensajero de muerte. El gozo dilata, fortifica, conforta, nutre y deleita el corazón; pero la tristeza mortificala, apriétala, debilitala, destrúyela y aniquílala. Lo uno y lo otro dijo el Sabio en sus *Proverbios* (1): «El ánimo alegre dispone y ordena la salud como preciosa medicina, y el espíritu triste seca los huesos». Otra letra dice: *Animus gaudens bonam facit medicinam.* El enfermo alegre hace que la medicina que toma le sea de provecho. El sentido primero es mejor y más conforme á la translación de los 70, que dicen (2): *El corazón alegre causa buena disposición en el hombre.* Al contrario, el espíritu triste seca los huesos y consume la virtud, ó (como nota Cayetano) las médulas y tuétanos por donde los huesos tienen verdor y se sustentan.

Otro lugar semejante á éste hay en el *Eclesiástico*, que dice (3): La alegría y gozo del corazón es la vida del hombre, y el contento alarga los días de la vida. Lucrecio, poeta, dijo (4): *La enfer-*

(1) Animus gaudens, ætatem floridam facit; spiritus tristis exicat ossa.—Prov., 17.

(2) Cor lætum, bene habere, aut bene dispositum esse, facit.

(3) Jucunditas cordis hæc est vita hominis, et exultatio viri est longævitas.—Eccl., 30.

(4) Et dolor et morbus læthi fabricator uterque.—Lucretius.

medad y el dolor fabrican la muerte y acabamiento del hombre. Pero si queremos, con el venerable Beda, pasar al sentido espiritual, quiere decir Salomón que, el que tiene en su alma la consolación y gozo que nace del amor de Dios, exteriormente es hermozeado y adornado de las flores de las virtudes, y espera los frutos de los premios celestiales. Mas el que con la tristeza del siglo, que llamó el Apóstol obradora de muerte, cuyo padre es el amor propio, es atormentado y afligido, no puede tener la gordura de la caridad, que como tuétano y médula sustenta los huesos de las virtudes, y así ha de morir debilitado y seco en sus pecados. Y ¿qué es el Infierno, sino eterna tristeza? Y ¿qué es el Cielo, sino eterno gozo? Luego, el que tiene el amor de Dios en su alma, todos los bienes tiene, porque tiene el verdadero gozo que nace del tal amor, que nos da vida verdadera y de bienaventurados. Y no sólo recibe gozo en Dios, sino en todas las cosas á que se extiende el amor de Dios, porque tanto se extiende nuestra voluntad y amor, cuanto la cosa que principalmente amamos. Y ¿qué cosa más ancha y dilatada que el amor de Dios que ama á todas las criaturas, y, de cuantas hizo, á ninguna tiene odio? Luego, si yo le amo, á ninguna parte me convertiré que no halle gozo y tantos gozos cuantos son sus criaturas, las cuales amo por Él y en Él, especialmente al hombre, que es imagen suya y por quien crió las demás. Al fin confesemos que

amar á este gran señor Dios es gozar en cierta manera de la gloria que esperamos aun en esta vida mortal y caduca que vivimos. Porque vivir en continuo gozo del corazón, sin que nada sea parte para quitárnosle sin nuestra voluntad, ¿no es vivir vida beata, angelical y divina? Lo bueno es que no hay necesidad de oro ni de plata ni de otras riquezas exteriores para poseer este gozo, porque el que tiene en este mundo el amor de Dios tiene en sí mismo y dentro de sí sus riquezas, las cuales nadie ve ni conoce, sino el que las recibe y goza. ¿Qué se me da á mí de todas las cosas de la Tierra, si traigo mi alma rica y hecha un cielo portátil, llena de gozo verdadero, que procede y mana del amor divino? Y ¿qué cosa me puede consolar si mi conciencia anda como un infierno, adonde no hay orden, sino horror sempiterno? El Apóstol lo dijo (1): *Ira, indignación, tribulación y angustia, contra el alma del hombre que obra mal.* Lo cual, no sólo se halla cumplido en los condenados (de quien particularmente habla el Apóstol), sino también en los que ofenden á Dios viviendo; cuyas ánimas son impacientes y airadas, viven llenas de angustia, tribulaciones y congojas. Ciertamente, señales son de hombre infernal éstas *ira, indignación, tribulación y angustia*, las cuales solamente se hallan en aquellos que, pospuesto el

(1) Quoniam ira, et indignatio, tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum.

amor de Dios, primera y principalmente se amaron á sí mismos; porque, aunque consigan lo que desean, así de honras como de deleites, y de esto les nazca algún gozo, tiene anejo á sí tanto de tristeza y dolor, causado del temor de perder las tales cosas, que no se puede llamar gozo verdadero, sino falso, vano y engañoso.

Y aun si queremos ahondar un poco con la consideración en esta materia, hallaremos que este gozo se viste de las condiciones del propio amor, que, como dijimos, es desordenado, injusto, indebido, torcido, falso, vicioso, corrupto, sucio contra la naturaleza del hombre en cuanto hombre, contra el orden del universo y contra todas las criaturas. Es pésimo, torpísimo, maliciosísimo; el primer mal y raíz de todos los males; el primer vicio, el primer veneno, la primera muerte, las primeras tinieblas, la primera ceguedad, la primera mentira y fundamento de todas las mentiras, y, finalmente, la primera injusticia. Pues el gozo que naciere de tan mal principio y de raíz tan amarga, decidme: ¿qué tal será? Por cierto, desordenado, falso, vicioso, y al fin tal cual el padre que le engendró. El padre derechamente contra Dios, y el hijo también. El padre sin Dios, el hijo sin Dios. El padre fuera de Dios, el hijo fuera de Dios. El padre enemistado con Dios, el hijo enemistado con Dios. Cuál el padre, tal el hijo. Todas las veces que, amándome á mí mismo, me alegro, ó me deleito, ó tomo algún contento, lo hago

contra Dios y contra su voluntad, porque el tal gozo nace del menosprecio de Dios y en afrenta y deshonor suyo, porque le quito su corona y me la pongo sobre mi cabeza, diciendo con el rey de Tiro: *Dios soy*. Y aun añade más de malicia el gozarme que el amarme, y por consiguiente es mayor la ofensa. Que aunque amarme contra Dios es malo, mucho más lo es gozarme y complacerme contra Su Majestad en ofensa é injuria suya. A este punto habían llegado aquellos de quien se escribe (1): *Alégranse cuando hacen mal, y toman mucho gusto y contento en sus abominaciones*. Entre todas las que vió Ezequiel cuando le mandó Dios romper la pared y muro del templo, la que más provocó los ojos de Su Majestad á ira y enojo fué aquel llegar con un ramo al ídolo, y luego olerle, como deleitándose en aquel género de idolatría (2). «Y llevan (dice) el ramo á las narices para enojarme». Algunos hebreos interpretan este lugar de otra manera, que redundaba en mucha afrenta y vituperio de Dios. *Mitunt factorem in faciem meam*. Descomponen su vientre en mis barbas, tanta es su libertad y desvergüenza. Gran mal es y pecado abominabilísimo amarme yo á mí con amor primero y principal, lo cual, como queda probado, es hacerme Dios; pero mucho mayor, y que no hay

(1) Prov., 2.

(2) Et applicant ramum ad nares suas ad irritandum me. Ezech., 8.

sufrimiento que á disimularlo baste, será alegrarme y regocijarme de verme Dios, en ofensa y grave injuria del verdadero. ¿No mandó el santo rey David á Salomón que quitase la vida á Joab, hijo de Sarvia, tanto porque quitó á traición la vida y, so color de amistad, á Abner y Amasa, capitanes valerosos de sus ejércitos, cuanto por la desvergüenza de untar con la sangre de ellos el talabarte que traía ceñido y los zapatos? Porque, como dije poco ha, arguye mucha malicia añadir al pecado gozo y contento, y preciarse el pecador de serlo. Muchas otras cosas y muy notables pudiéramos escribir aquí del amor de Dios y del propio, del gozo que nace del uno y del que nace del otro; pero baste lo dicho con añadir esta conclusión. Que los dos amores son incompatibles en la voluntad debajo de razón de primeros. Porque tienen entre sí capital enemistad, y el uno al otro se hacen guerra. De lo que se sigue que tampoco pueden estar juntos gozo del amor de Dios y gozo del propio, porque necesariamente se alcanzan el uno al otro y se destruyen. El primer gozo que del amor de Dios nace es legítimo, nace en verdad y es verdadero. El que sale del amor propio es hijo bastardo y sacrílego, nace de falsedad y es mentiroso. El primero se funda en justicia, el segundo en injusticia. El primero nace de eternidad, el segundo de vanidad. El primero de Dios, el segundo contra Dios. El primero aumenta y confirma la amistad con Dios, el segundo la ene-

mistad. El primero llena, harta, fortalece, azucara y endulza la voluntad; el segundo la amarga, debilita y vacía, inquiétala, quítale el sosiego y déjala hambrienta y transida de sed. El primero dura y permanece para siempre, el segundo es momentáneo y transitorio. El primero nunca se muda ni se convierte en tristeza, el segundo sí. Mezclarse ha con la risa el dolor, ó con el dolor la risa, y los finales del gozo ocuparállos el llanto (1). Del primer gozo no puede suceder mal ninguno, porque la raíz es buena y él también. Del segundo no se puede seguir sino mal. El primero es vital, salutífero, amable, glorioso, honesto y lleno de deleite, conforme á la naturaleza y á la razón; el segundo mortífero, aborrecible, vicioso, afrentoso, contra naturaleza y razón. El primero alumbra y clarifica el entendimiento; el segundo lo ciega, anubla y llena de tinieblas el alma; pues, como dijo San Agustín: «Al transgresor de la divina ley, la luz de la verdad le desampara y queda ciego». El primer gozo merece penas, y es causa de todas las que sufren los condenados en el Infierno; el segundo merece premios eternos en el Cielo. Destruya Dios (que puede) el nuestro, y confirme el suyo. Amén.

(1) Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat.—Prov., 14.

